

reconociésemos que todas las verdades que están encerradas en ellos, no solamente han sido cumplidas en David, sino que se cumplen tambien y se verifican todos los dias en nuestra propia persona.

« Porque, prosigue él, nosotros comprendemos muy diferentemente la sagrada Escritura, y penetramos, por decirlo así, hasta en lo más interior y secreto que encierra, cuando nuestra propia experiencia no solamente conoce sino que hasta previene lo que dice; pasando de esta manera por el mismo movimiento y la misma impresión que hizo en otro tiempo componer un salmo, venimos á convertirnos como en autores suyos; nosotros le prevenimos más bien que le seguimos; comprendemos lo que dice más con el corazon que con el espíritu ». Finalmente el abad Isaac da por último consejo que los medios para detener bien la disipacion é inconstancia de nuestro espíritu, son principalmente la vigilia, la meditacion y la oracion: porque, dice él, la asiduidad y aplicacion continua á esos tres ejercicios colocan pronto á nuestro espíritu en una firmeza casi inquebrantable. Essin embargo necesario, prosigue él, juntar á esto el trabajo de las manos no destinandolo á nuestra avaricia, sino á los sagrados usos que de él debe hacer el monasterio; á fin de que, cercenando de esta manera todos los cuidados de la vida, dirijamos toda nuestra atencion al cumplimiento de aquella palabra de San Pablo: *Orad sin intermision.* »

SAN PEMEN Y SUS HERMANOS ¹

« Nohay, dice Tillemont, nombre más célebre en la historia de los *Padres de los Desiertos* que el de Pemen ó Pastor. » Los griegos le tributan elogios sin fin en sus *Menées*. Le llaman conciudadano de los ángeles, gefe de los solitarios y príncipe del desierto. Le comparan á un sol que brilla por sus prodígios sobre toda la tierra. Le llaman Taumaturgo. Dicen que era una lámpara de discrecion, que reunia en sí todas las virtudes, y que fué como el espejo de la divinidad por la santidad de su vida.

Capitulo I.

Pemen era egipcio y podía tener quince años cuando abandonó el siglo. Pero tenia desde entonces un tan maravilloso talento de persuadir el amor de la virtud, que sus hermanos, movidos por sus piadosas invitaciones le siguieron en su resolucion, y se hicieron con él solitarios. Eran en numero de seis, uno de los cuales de más edad que él, se llamaba Anub, Nuph, ó Nub; y otro se llamaba Payse ó Paese.

Sí es verdad, como se cree, que Pemen fué el segundo de sus hermanos, los otros debian ser muy jóvenes; y esto se deduce de algunos actos de puerilidad que al principio hicieron entre ellos, como lo observaremos pronto. Estos ejemplos de niños que entonces abrazaban la vida religiosa, no son raros. Educábanse muchos en diferentes monaste-

¹ Los Bolandistas. Tillemont, Cotelier.

rios, y ejercitábaseles en la mortificación segun su edad lo permitía .

Se les formaba en la obediencia y en las demás virtudes, y de esta manera se hacia de ellos en lo sucesivo religiosos tanto más excelentes cuanto más se les habia procurado conservar en la inocencia.

San Pemen se ejercitó desde entonces en las más duras prácticas de la vida monástica ; porque pasaba algunas veces dos días sin comer, y á medida que creció en edad, llevó este riguroso ayuno hasta cuatro y cinco días, y aun hasta la semana entera. No bebía vino, y decia que un monge debia abstenerse de beberlo. Tampoco comía jamás carne, aun cuando se hallase en ocasiones en que otros la comían. Solo la caridad le obligaba á ir á comer con los otros solitarios, y no iba á sus celdas sino con pena y derramando lágrimas. Hacíalo sin embargo algunas veces para no contristarles con una negativa. En lo sucesivo moderó sus ayunos y comió una vez al dia, pero muy sóbriamente, no saciándose nunca y levantándose de la mesa con hambre. Decia á este propósito que los primeros Padres de la soledad habian aprobado que se estuviese muchos días consecutivos sin tomar cosa alguna ; pero que despues se habian persuadido que era más conveniente, hacer cada dia una pequena refeccion ; y que esta conducta aun cuando más dulce, podia ser mirada como un camino real que conducía derechamente á la salvación.

Era igualmente fiel á las demas prácticas laboriosas de su estado ; á las vihilias, á las largas oraciones que acompañaba frecuentemente con muchas lágrimas y al trabajo manual. Usaba sin embargo en todo de discrecion porque, decia, no nos han enseñado á matar el cuerpo, sino á matar las pasiones.

Instruíase junto á los ancianos en los caminos de la perfeccion, y procuraba aprovecharse de los consejos que de

ellos recibia. Fué cierto dia á visitar á un anciano que moraba muy lejos de él, para consultarle sobre tres puntos. Pero, cuando estuvo allí, se olvidó de uno de estos puntos, y no se acordó de ellos sino cuando, estando de vuelta á su celda, tomó la llave para abrirla. Al instante, sin entrar en ella, se volvió á la celda de aquel viejo, quien le dijo todo admirado : « ¡ Volveis muy pronto, hermano mio ! » Pemen le dió la razon de ello ; y el viejo, admirando su fervor, le dijo, haciendo alusion á su nombre que significa pastor : « He ahí un verdadero pastor del rebaño de Jesucristo ; » y añadió, por un presagio que despues se verificó : « Vuestro nombre será célebre en todo el Egipto. »

Pasó algun tiempo en el monasterio del abad José de Panefo, que se hallaba hácia Heraclea la Baja, con intención de formarse siempre más en las virtudes, y este abad le ordeno, un viérnes por la mánana, que subiese á un gran sicomoro y comiese de su fruto. Esta orden le pareció extraordinaria, porque los solitarios acostumbraban ayunar el viernes. Por una parte temia desobedecer, y por otra no se atrevia á quebrantar el ayuno ; pero se determinó por este ultimo partido. El abad José le regunto despues qué habí ahecho ; y Pemen le confesó que su orden le había puesto en zozobra, deseando observar el ayuno de los solitarios y temiendo sin embargo faltar á lo que le había prescrito, porque presumia bien que tenía justas razones. Entonces el abad José le dijo : « Acostumbramos esto para con los nuevos solitarios para probar su obediencia. Encomendámosles cosas que parecen contrarias á la razon, y cuando vemos que se someten á ellas dócilmente, cambiamos de método. »

Conviene notar aqui, que este ayuno de los solitarios no era para ellos de obligacion, sino solamente de práctica piadosa, y que el superior podia dispensar á un solitario por razones que este no debia examinar para la perfeccion

de su obediencia ; porque si se hubiese tratado de quebrantar un precepto, ni el superior hubiera podido ordenarlo, ni el inferior hubiera debido obedecer.

San Pemen supo por este mismo abad José (Lib. 9. § 5) esta importante máxima : Que si quería ser verdadero monge y gustar el reposo de su estado, se acostumbrase á no juzgar nunca á nadie, y á convencerse de su nada.

El deseo que tenia de instruirse le puso de esta manera en relacion, desde los primeros años que se entregó á la vida solitaria, con los más célebres Padres de los desiertos, y los consejos que de ellos recibia y que su historia nos ha conservado, pueden sernos tan útiles como lo fueron á él, y como los que dió despues á los demás nos lo son todavía, y lo fueron en su tiempo á los que le consultaban. Vese tambien en ellos que practicaba lo que recomendaba tanto despues á los jóvenes solitarios, que no se condujesen por sí mismos sino más bien por las máximas de los ancianos.

Tenemos en la *Recoleccion de los Padres* (Vit. PP. I. 6. lib. 4.) siete puntos que el abad Moises dió á San Pemen para servirle de regla de conducta. Consisten principalmente en no apegarse á nadie, y en considerarse como muerto aun á sus amigos ; en abstenerse por una exacta mortificacion de todo lo que puede disgustar á Dios ; en mirarse como pecador cuando se presenta delante de Dios para orar ; en juntar la práctica de la virtud á la oracion, á fin de que Dios la reciba favorablemente ; en emplear los ayunos y las viglias como medios eficaces de conservar el alma con sentimientos de humillacion ; en recurrir á la bondad de Dios en tiempo de la tentacion, y en esperarle todo de la misericordia, cuando despues de haber pecado se llega á él por la humilde confesion de su falta y una sincera contricion.

Mientras que San Pemen se instruia de esta manera junto á los ancianos, era algunas veces consultado, aun cuando fuese muy joven, segun lo hemos notado al hablar

del solitario Zacarías discípulo de San Moisés. Pero su humildad no le permitia decidir absolutamente las dificultades que se le proponian, y despues de haber dicho con modestia su parecer, enviaba á los que le pedian consejo, á algun otro más anciano que él.

Les enviaba tambien algunas veces á Anub, su hermano primogénito, y tenia para con él tanta deferencia, que jamás hablaba cuando estaba presente. Anub no le cedia sin embargo en humildad. Honraba á su hermano cuanto era de él respetado, y le consultaba algunas veces con tanta humildad que San Pemen no podia dispensarse de responderle.

Mientras que moraba en Sceté con sus hermanos, los Maziques, de quienes hemos hablado en la vida de San Moisés, hicieron allí una irrupcion y dieron muerte desapiadadamente á muchos de aquellos santos solitarios. Esto les obligó á abandonar aquel desierto, y se retiraron por de pronto á un lugar llamado Terenuth en un viejo templo de ídolos que allí encontraron. Consultaron entre ellos en qué punto de Egipto podrian retirarse para estar en más seguridad y vacar en paz á los ejercicios de la vida monástica. Anub, como el mayor, dijo á San Pemen : « Os ruego, por caridad, que pasemos toda esta semana sin visitarnos ni hablarnos. » Pemen se lo prometió por él y por los otros, y esto se ejecutó fielmente. Durante este tiempo, Pemen observó que su hermano Anub arrojaba todas las mañanas piedras á la cabeza de una estatua que habia en el templo, y que por la noche le decia : « Perdonadme la injuria que os he hecho. »

Habiéndose reunido el sábado siguiente, Pemen le dijo : « ¿ Cómo, Padre mio, (pues por respeto le llamaba así, aun cuando fuese su hermano) cómo, vos, que sois tan religioso y estais tan lleno de fé, habeis doblado las rodillas delante de un ídolo para pedirle perdon, despues que por

la mañana le habeis arrojado piedras? » — « Lo he hecho, respondió Anub para vuestra instruccion y la de nuestros hermanos; porque os suplico que me digais si cuando he arrojado piedras contra esta estatua, se ha encolerizado, ó si ha proferido una sola palabra; y si cuando le he pedido perdon, ha dado ella alguna señal de vana complacencia, ó me ha dicho que no me perdonaba. ? » — « No, por cierto, replicó Pemen. » — « Estamos aqui siete hermanos, dijo Anub; si quereis que moremos juntos, es necesario que á ejemplo de esta estatua ninguno se enfade cuando se le haga ó diga alguna cosa desagradable, y que tampoco se deje llevar de la vanidad cuando se le pida perdon. Y si no os encontrais en esta disposicion, hay cuatro puertas en este templo, y cada uno puede escoger la que quiera para salirse de él é ir á morar en donde le guste. » Al oír estas palabras se postraron todos en tierra delante de Anub, y le dijeron con una voz comun: « Haremos como vos deseais y os obedeceremos ciegamente. »

Contaba esto, despues á los demás solitarios y añadía: « Hemos morado pues juntos hasta que la muerte nos ha separado, viviendo en una grande union, y gustando los frutos de ella por la paz de que gozábamos. Practicábamos la regla que Anub nos habia dado. Trabajábamos de comun concierto. Anub habia designado á uno de nosotros para ser el económo. Este tenia cuidado de nuestro mantenimiento. Comiamos sin discernimiento lo que él hacia poner á la mesa, y ninguno de nosotros se habria atrevido á decir: « Dadme alguna otra cosa; ni, yo no puedo comer de esto. » Además, de lo que acabamos de indicar, sus ejercicios del dia y de la noche estaban distribuidos de esta manera: de las doce horas de la noche empleaban solo cuatro en dormir, cuatro en trabajar y cuatro en cantar salmos. Durante el dia trabajaban hasta la hora de sexta, leían hasta la hora de nona, y luego recogian yerbas para su alimento. Anub

era recto en toda su conducta y se dirigia á Dios con la sinceridad de su corazon. No era menos sincero para con los hombres y decia en cierta ocasion, no por espiritu de vanidad sino por rectitud de corazon, que no se acordaba de haber dicho una mentira.

Debido á este amor de la verdad, cuando le parecia que su hermano Pemen no decidia con bastante justicia los casos que se le proponian, se lo advertia al instante. Sobre lo cual se referia que habiendo un solitario venido á ver á San Pemen, le dijo que se ocupaba en cultivar una tierra, pero que no empleaba los frutos de ella sino en obras de caridad. A lo cual respondió el santo que esto era bueno. El solitario, muy satisfecho de esta respuesta que encontraba segun su deseo, se retiró lleno de gozo y hasta aumentó sus limosnas.

Pero viendo Anub que San Pemen no le habia dado siquiera un buen consejo, no penetrando al principio la razon de ello, le dijo: « ¿ Cómo os habeis atrevido á responder así á aquel hermano? ¿ No temeis que Dios os haga un dia dar cuenta de esto? » San Pemen no respondió. Pero dos dias despues, habló á aquel solitario en presencia de Anub y le preguntó si le habia hablado poco ha de su hermano el seglar ó de sí mismo; á lo cual habiendo respondido el solitario que le habia hablado de sí mismo, le replicó: « Si sois vos, debo deciros que no es propio del estado de un monge el cultivar una tierra como lo haceis. »

Esta decision entristeció mucho al solitario, el cual le representó que no sabia hacer otra cosa, y que no veía que hubiese gran mal en cultivar una tierra que le pertenecía. Anub viendo el efecto que su opinion demasiado rígida, habia producido en el espíritu de aquel hermano, entró dentro de sí y comprendió que se habia equivocado. Y cuando ellos se hubieron retirado, se echó á los pies de su hermano y le pidió por ello perdon; por lo cual le dijo

San Pemen : « Yo sabia bien, cuando este solitario me pidió mi parecer, que lo que él hacia no estaba conforme con la vida de un monge ; pero yo le habia respondido segun el deseo de su espíritu, y para animarle á aumentar por lo menos sus caridades, mientras que ahora se ha marchado del todo abatido, y sin embargo no obrará diferentemente que antes.

Hemos dicho que el santo tenia un hermano muy jóven llamado Paese. Aun quando se hubiese juntado él con los demás para vivir como solitario, no se cansó de ejercitar mucho su paciencia con sus puerilidades, las cuales llegaron á tal punto que trabó amistad con un solitario que moraba en otra celda, lo cual no podia sino dejar de apartarle de sus deberes. San Pemen vió las consecuencias de esto y procuró romper esta union ; pero como no podia salirse con la suya, se fué á encontrar á un solitario llamado Ammonas para participarle su pena. Este, en vez de consolarle le dijo, « ¡ Pues que, Pemen ! ¿ vivis todavia ? volveos á vuestra celda y persuadios que hace un año que estais enterrado. »

Él se aprovechó de esta leccion ; pero en estos principios la tomó demasiado á la letra porque el joven Paese, habiendo en cierta ocasion entrado en disputas con otro de sus hermanos casi tan jóven como él, y hasta habiéndole herido en su vivacidad, acordándose Pemen de lo que le habia dicho Ammonas, dejóles hacer y no les dijo una sola palabra para reprimirles. En esto se presentó Anub, y viendo á sus dos hermanos en esta emocion, dijo á Pemen porqué se quedaba tan tranquilo sin soñar en ponerlos de acuerdo. Pemen le respondió que pronto lo estarian, puesto que eran hermanos. Pero ¿ cómo, replicó Anub, podeis decir que van á ponerse de acuerdo, viendo que hasta han llegado á pegarse ? Vos debeis, hermano mio, replicó Pemen, considerarme como si no estuviese aqui.

Por último el más jóven de sus hermanos, que era aparentemente este Paese, le daba, por sus vivacidades de niño, tanta pena, que pensó dejarle algun tiempo solo con otro de sus hermanos con el que entonces se hallaba, pues los otros estaban en otra parte. Con esta intencion, salió de su celda con su otro hermano diciéndole : « Este niño no nos deja vivir en paz ; dejémosle y vámonos. » Saliéronse al instante ; pero este á medida que vió que se retiraban, les corrió detrás, y echándose á sus pies les pidió perdon de sus extravios y protestó que les seguiria á donde quiera que fuesen. Pemen movióse con esto y dijo á su otro hermano : « Volvámonos ; el mal que ha hecho proviene menos de su malicia que de la tentacion del demonio. » De esta manera se volvieron juntos.

No debemos dudar que este jóven Paese fuese en lo sucesivo un muy buen religioso, puesto que, como se ha visto mas arriba, San Pemen aseguraba en su vejez, tanto de él como de sus demás hermanos, que vivieron bajo la regla de Anub en una concordia y paz perfecta hasta el fin de su vida. El mismo santo contaba que un solitario consultó al abad Paese, que bien podia ser este de quien hablamos, sobre lo que debia hacer para salir de la insensibilidad de corazon en que se encontraba, y que él le aconsejaba que se juntase con alguno que estuviese penetrado del temor de Dios y que con su ejemplo aprenderia tambien á temerle.

San Pemen y sus hermanos no permanecieron mucho tiempo en Terenuth ; y no sabemos si desde allá fueron á Egipto, ó si se volvieron al desierto de Sceté hasta la segunda irrupcion que en él hicieron los Maziques, durante la cual San Arsenio, que se hallaba en el mismo desierto, se vió obligado á salir de él hácia el año 430, segun observa Tillemont. Rufino dice haber visto á San Pemen en el monasterio de Pispir á donde iba frecuentemente San Antonio. Pero no podemos saber en qué tiempo fué allá. No hay que

admirarse de que el deseo que tenia de instruirse en los deberes de la vida religiosa al lado de aquellos que eran considerados como sus más excelentes maestros, le hubiese inducido á trasladarse de Egipto á Pispir para recibir lecciones del gran Antonio que era mirado como el oraculo del desierto. Aprendió de él una hermosa máxima, á saber, que es una gran virtud en un hombre el tener siempre su pecado como pesando sobre su cabeza en la presencia de Dios, y esperar ser tentado hasta el fin de su vida.

El peligro que habia en quedarse en Sceté, espuesto á las escursiones de los bárbaros, hizo que San Pemen se retirase por último al desierto próximo á la ciudad de Diolque¹ (Cot. t. 1, P. 609.), que estaba poblado de solitarios y en donde habia muchos monasterios. Pasando un dia con su hermano Anub cerca de algunos sepulcros, vieron á una mujer que se desgarraba de dolor, y supieron por un hombre que encontraron un poco más adelante, que habia perdido su marido, su hijo y su hermano. Entonces San Pemen, volviéndose hácia Anub, le dijo: « Esta muger que asi se aflige y que solo piensa en las perdidas que ha experimentado, puede bien servirnos de modelo; porque mortifica la carne y no posee el don de esta si uno no continua tristeza, no puede ser verdaderamente monge. »

Sucedió, cuando estaba en aquellos Barrios, que en Pelusia, ciudad poco apartada de Diolque, el sacerdote encargado probablemente de los solitarios de los contornos, supo que algunos de ellos iban frecuentemente á la ciudad, tomaban baños, y daban muestras de tener poco cuidado de su alma. Con esto aquel sacerdote, llevado por un celo desmedido, presentóse en la asamblea de los solitarios, y quitó el habito á once de ellos. Pero habiendo en seguida

¹ Esta ciudad, que ha desaparecido, estaba al noreste de Egipto, cerca del Mediterraneo; pertenecia á la misma provincia o gobierno que Pelusia que existe todavia.

reflexionado sobre lo que habia hecho tuvo remordimientos de ello y fuese á consultar á San Pemen. El santo le preguntó si se habia él despojado del hombre viejo. Confesó lo que no. « Sois pues como ellos, le replicó el santo, y como ellos sujeto al pecado, aun que quizás no tanto como ellos. » El sacerdote comprendió todo el sentido de esta respuesta. Hizo reunir á los solitarios, pidió perdon á los que habia despojado del habito monástico y se lo devolvió.

Aun cuando en el vasto desierto de la vecindad de Diolque hubo santos solitarios, como lo veremos mas allá al hablar de los viajes de Casiano, y aun cuando la disciplina floreció en muchos monasterios, habia allí sin embargo algunos monges negligentes y que no edificaban á los hermanos de San Pemen, á lo cual hay que añadir el ruido que hacian los niños que se educaban en aquellas casas religiosas y que no eran contenidos con bastante cuidado. Todo esto causaba pena á los hermanos del santo, los cuales sobre todo no podian acostumbrarse á los gritos de aquellos niños. Propusieronle pues abandonar aquel lugar y retirarse en algun otro en el que gozasen de mayor tranquilidad. San Pemen no podia resistir y se contentó con decirles: « ¡ Pues qué! ¿ A causa de la voz de los angeles quereis abandonar este lugar? »

Habia tambien en aquellos Barrios un anciano muy célebre el cual era tenido en gran veneracion antes que San Pemen fuese allá con sus hermanos; pero cuando este hubo llegado, muchas personas abandonaron al viejo para dirigirse á él: Este concibió celos por ello y los demostró. Súpolo San Pemen y afligióse, y dijo á sus hermanos: « ¿ Qué haremos? Las gentes de este pais nos causan inquietud abandonando á este viejo y viniendo á buscarnos á nosotros que nada somos. Busquemos un medio de calmar su espíritu y conquistar su corazon. Si os parece bien, preparemos alguna cosa y llevémosela á su celda con un poco